

Explicación de la parábola del Rey que celebra las bodas de su Hijo

En el domingo 19 después de Pentecostés la Iglesia nos propone una parábola que se sitúa en la Semana Santa. Nuestro Señor entra triunfalmente en Jerusalén y expulsa a los vendedores del templo. Al día siguiente, Lunes Santo, maldice a la higuera infructuosa, figura de la Sinagoga; y luego, en una serie de parábolas, predice **la reprobación del pueblo judío**: parábola de los dos hijos, parábola de los viñadores homicidas. Y luego, prosiguiendo el mismo tema, les dirige la parábola del Rey que llama a las bodas de su Hijo, en la que, a la vez que anuncia la reprobación del pueblo judío por no haber correspondido al *llamamiento* de Dios, predice la conversión de las gentes a la fe, e igualmente el castigo que estas merecerán si, habiendo escuchado el llamamiento, no se hacen dignas de *ser elegidas*.

1º El misterio de la Iglesia, presentado bajo el símil de unas bodas.

EL REINO DE DIOS ES SEMEJANTE A UN REY QUE CELEBRÓ LAS BODAS DE SU HIJO. El Reino de Dios, o Reino de los Cielos, es la realización del Reino mesiánico tantas veces anunciado por los profetas. Y este Reino es la Iglesia, como lo muestran las parábolas de San Mateo, en que manifiestamente se habla de la Iglesia en su etapa militante y terrena, ya que se la compara a un **grano de mostaza**, que ha de crecer; a una **medida de levadura**, que ha de fermentar toda la masa; a una **siembra**, donde junto al trigo el enemigo hizo sembrar cizaña; a una **pesca**, en que las redes atrapan peces buenos y malos. Todo lo cual no conviene a la Iglesia como Reino escatológico, esto es, como Reino que se ha de consumir al fin de los tiempos.

Pues bien, este misterio de la Iglesia lo presenta Nuestro Señor, en esta parábola, bajo el símil de unas bodas de un hijo de rey. ¿Por qué? Porque todo el fundamento de la Iglesia estriba en el **misterio de la Encarnación**, esto es, en la unión hipostática del Verbo (el Esposo) con la naturaleza humana (la Esposa) que asume en unidad de persona, y en la unión del Verbo humanado (Esposo y Cabeza) con su Cuerpo Místico (Esposa y Cuerpo).

Y así, ser convidados a las bodas del Hijo de Rey, del Hijo de Dios, es ser llamado a la Iglesia, a la Fe católica, al conocimiento, amor, servicio e incorpo-

ración con Jesucristo, para entrar un día en el Reino celestial y gozar de la felicidad eterna: «*¡Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero!*» (Apoc. 19 9).

2º Los judíos, primeros invitados a estas bodas.

La primera parte de la parábola nos habla, pues, de los PRIMEROS INVITADOS A ESTAS BODAS, que fueron los judíos. Esta fue la economía de Dios en el Antiguo Testamento: que pareciendo olvidar a los gentiles, llamó peculiar y como exclusivamente al *pueblo judío*.

ENVIÓ A SUS SERVIDORES PARA QUE LLAMASEN A LOS INVITADOS A LAS BODAS, Y NO QUERÍAN VENIR. Estos primeros siervos enviados a invitar al pueblo judío a la Iglesia fueron los grandes hombres de Israel: Moisés, los Jueces, los Profetas, que continuamente tuvieron que amonestar al pueblo elegido a la fidelidad a Dios. Pero el pueblo judío se mostró como *pueblo de dura cerviz*, rechazando continuamente los bienes celestiales que Dios les prometía en la fe, en el futuro Mesías, y aferrándose a la idolatría y a los bienes terrenales: NO QUERÍAN VENIR.

DE NUEVO ENVIÓ A SUS SERVIDORES A DECIRLES...: TODO ESTÁ PREPARADO, VENID A LAS BODAS. El Señor dirige un llamado más apremiante cuando ya los misterios anunciados empiezan a realizarse: los pastores de Belén, los Magos venidos de Oriente, San Juan Bautista, Nuestro Señor Jesucristo mismo, los Apóstoles... Ya todo está preparado: el Redentor ya está entre nosotros; ya nos ha nacido el Rey de Israel; ya está el Esposo entre los suyos; ya ha fundado su Iglesia, instituido los Sacramentos, redimido a su pueblo... ¡Venid, judíos, aclamad a vuestro Rey, entrad en la Iglesia, arrepentíos y bautizaos en su nombre! Pero no, ELLOS NO QUISIERON: no quisieron saber nada de ese Mesías que no respondía a sus esperanzas carnales, a sus intereses humanos y egoístas; y así se fue cada cual a sus cosas, y algunos, más endurecidos: mataron al Señor, decapitaron a San Juan Bautista, apedrearon a San Esteban, martirizaron al Apóstol Santiago el Mayor, azotaron a los Apóstoles, persiguieron a los cristianos (Saulo), dieron muerte a Santiago el Menor...

EL REY... MONTÓ EN CÓLERA, Y ENVIANDO SUS EJÉRCITOS, MATÓ A TODOS ESOS HOMICIDAS, Y LE PEGÓ FUEGO A SU CIUDAD. Clarísimo anuncio de lo que mereció el pueblo judío por su infidelidad, por *no haber respondido al llamamiento*: el ejército romano, bajo las órdenes de Tito, puso cerco a Jerusalén el año 70, y la destruyó por completo, quemando la ciudad y no dejando en ella piedra sobre piedra.

3º Los gentiles, llamados a estas bodas en lugar de los judíos.

En el Nuevo Testamento Nuestro Señor sigue una conducta contraria a la del Antiguo: parece descuidar ahora al pueblo judío, como castigo de su infidelidad,

y llamar de manera privilegiada a los *gentiles*. El Rey dice a sus servidores, esto es, a los Apóstoles y a sus sucesores hasta el fin de los tiempos: LAS BODAS ESTÁN PREPARADAS: todos los bienes mesiánicos están ya presentes; pero los judíos no fueron dignos. Id, pues, a todas las gentes, a las naciones más alejadas y bárbaras, e invitadlas a la Iglesia, al festín de la fe y de la gracia, al conocimiento, amor y servicio de Jesucristo.

Misterio de la vocación y predestinación de los pueblos: cuando una nación tiene la desgracia de rechazar el don de la fe, Dios lo transmite a otras. Así, el pueblo judío fue reemplazado por el pueblo gentilicio. Y, del mismo modo, cuando Alemania, Inglaterra y los demás países del norte de Europa se separan de la Iglesia por el protestantismo, Dios pasó esa antorcha a los pueblos del Nuevo Mundo.

Así pues, los Apóstoles se dispersaron y fueron a predicar por toda la tierra; su obra se continuó a través de los siglos, de modo que SE LLENÓ LA SALA DE BODAS DE CONVIDADOS. La Iglesia militante se encuentra llena de hombres de todo tiempo y lugar; pero hay en ella mezcla de buenos y malos, pues si bien *todos ellos han respondido al llamamiento* (y en eso se distinguen de los judíos, que no entraron en el salón de bodas), *no todos ellos se han hecho dignos de la elección de Dios*.

Sí, en la visita del Rey, y en el invitado hallado sin la vestidura nupcial, tenemos una señal del castigo de los cristianos y naciones cristianas que no han sabido apreciar y amar los bienes sobrenaturales de la Iglesia: AMIGO, ¿CÓMO TE HAS ATREVIDO A ENTRAR SIN LA VESTIDURA NUPCIAL? Y ÉL NO SUPO QUÉ CONTESTARLE. El Rey le echa en cara no tener puesta la vestidura de bodas y haberse quedado con sus andrajos; y él no puede responderle nada, ya que a los invitados se les ofrecía la vestidura nupcial a la entrada del banquete, de modo que, si alguien no la tenía, era por no haberla querido.

Y ¿qué podrán decir nuestras naciones, ahora que el Señor les echa en cara no tener ese vestido nupcial? ¿Acaso no les había dado la doctrina verdadera? ¿Y las costumbres cristianas? ¿Y los verdaderos sacramentos, y la verdadera Misa? ¿Y la dirección del Magisterio de su Iglesia? ¿Y la intervención poderosa de su Madre? ¿Qué han hecho ellas de la Realeza social de su Hijo, y de la familia cristiana, y del Estado católico? Todo eso lo despreciaron nuestras naciones otrora católicas; se dejaron seducir por ideales anticristianos, por costumbres corrompidas, y despreciaron los bienes sobrenaturales de la Iglesia. Ahí estamos. Como los judíos, también los pueblos cristianos sintieron náuseas del maná, de ese alimento que Dios les concedió durante cuarenta años.

Y nosotros mismos, católicos, ¿qué podremos decir si el Señor viene a echarnos en cara el no tener el estado de gracia, y el estar revestidos de los andrajos de nuestras pasiones? ¿No tenías la oración? ¿Y los sacramentos? ¿Y mi gracia para practicar las virtudes?

¿Qué hará el Rey? ATADOS DE PIES Y MANOS, ECHADLO EN LAS TINIEBLAS EXTERIORES, DONDE HABRÁ LLANTO Y RECHINAR DE DIENTES. ¡Qué castigo te-

rrible! A pesar de haber sido fieles al llamamiento de Dios, las naciones cristianas acaban haciéndose negligentes en el ejercicio de su vocación, y merecen el mismo castigo que el pueblo judío: la reprobación divina. Son lanzados a las *tinieblas*, a todo tipo de errores, de ideologías, de fábulas, ellas que tenían la luz. Son *atados de pies y manos*, de modo que no pueden defenderse de sus enemigos, ni huir de los castigos. Ahí habrá *llanto y rechinar de dientes*: sufrimientos de toda clase, anunciados ya por Nuestra Señora de Fátima, para los individuos, y los pueblos, y los mismos hombres de Iglesia.

San Pablo, en su Epístola a los Romanos, ya nos había dicho que Dios privilegió al pueblo judío y pareció «descuidar» a los gentiles en el Antiguo Testamento; que Dios privilegió a los gentiles y pareció «descuidar» a los judíos en el Nuevo Testamento; que luego permitió la caída de ambos, la de los judíos en el Antiguo Testamento, y la de los gentiles en el Nuevo Testamento, para que tanto judíos como gentiles se reconozcan reos ante Dios; y que, finalmente, de ambos tendrá misericordia el Señor al fin de los tiempos, «*para que ninguna carne se gloríe en sí misma, sino que toda su gloria sea en el Señor*».

Conclusión.

Jesucristo mismo indica la lección que quiere darnos con esta parábola: MUCHOS SON LOS LLAMADOS, PERO POCOS LOS ELEGIDOS.

Muchos son los llamados: todos los hombres lo han sido.

Pocos son los elegidos: pues muchos no respondieron al llamado; e incluso entre los que respondieron a él, muchos no supieron perseverar ni conservar, por su propia culpa, los bienes de que su vocación los había hecho poseedores.

Nosotros hemos sido *llamados* por Dios a su Iglesia, al don de su fe, de sus sacramentos, de su Misa; hemos respondido a su llamamiento en un momento en que casi la totalidad del pueblo cristiano se encuentra desorientado, confundido, por culpa de los pastores; entre toda esta gente tenemos la gracia de ser del pequeño rebaño, del «*pusillus grex*», que ve claro y conserva la Fe, tiene la Misa tradicional, cuenta con obispos católicos, etc. Pero todo eso no basta: hemos de hacernos dignos de la elección de Dios, pues a pesar de estos bienes, podemos todavía ser infieles o ingratos al Señor.

Pidamos, pues, a la Santísima Virgen el don de la perseverancia y de la fidelidad a nuestra vocación, para que no sólo nos contemos en el número de los *llamados*, sino también en el de los *elegidos*; para que no seamos confundidos en la presencia del Rey celestial, sino hallados buenos siervos y del número de los invitados: «*Bien, siervo bueno y fiel, por haber sido fiel en lo poco serás constituido en lo mucho: ¡entra en el gozo de tu Señor!*».